

Tarde de ámbar

►► *Celia del Palacio*

Celia del Palacio es autora de las novelas históricas *No me alcanzará la vida*, *Leona* y *Las mujeres de la tormenta*. Ha publicado poesía y narrativa en las revistas *Universidad de México* y *Tierra Adentro*, entre otras. Es coordinadora del Centro de Estudios de la Cultura y la Comunicación de la UV.

La cantina a eso de las dos de la tarde. Una de esas cantinas que no debían tener nombre, ya que de tenerlo, sería uno del todo al despropósito.

Los parroquianos bebían como todos los dominicos. Entre ellos Ramón.

Se acercaba peligrosamente a los cincuenta bien vividos, exprimidos más allá de toda medida. No quería cambiar, pero se le figuraba que una esposa sería buena compañía para los domingos en la tarde.

No era mal parecido: tenía ojos azules y pelo entrecano. Había leído mucho en la juventud y tenía el sueño de poner una librería. Tenía un baúl completo lleno de cuartillas garrapateadas con tinta azul que algún día ordenaría. Cuando se emborrachaba, decía que era un personaje de Onetti, metido en ese pueblo polvoriento donde hacía mucho que no pasaba nada.

Ramón se encontraba en la cantina que un día perteneció a Nieves Frías, en la calle principal del pueblo. Después de varios rones, comenzó a contar la misma historia de todos los domingos a aquellos que quisieran escucharlo:

“Ese día también eran las dos cuando apareció El Popochas en el marco bamboleante de las puertas de madera. A cada lado, escoltándolo, traía dos hermosas mujeres. Era como llevar pasteles a los niños de Somalia...”

El Popochas –todo el mundo lo sabía– era el hombre más rico de la región. Era abogado. Se había incorporado a los prósperos negocios de seguros que comprendían a grandes corporaciones e incluso universidades en el Occidente del país. Todas habían contratado multimillonarios seguros que habían acrecentado fama y fortuna del emprendedor veracruzano. El Popochas era el personaje con quien todos querían hablar. Todos querían sentarse en su mesa, sentirse

cerca de él. En cuanto entraba a la cantina provocaba una revolución: los hombres se levantaban de sus asientos, buscaban pretextos para saludarlo, para recordarle viejos compromisos, para estar con él...

“Esa tarde, cuando llegó acompañado de dos preciosas mulatas del trópico, para envidia de todos ustedes, al único que aceptó en su mesa fue a mí. De hecho, me pidió que dejara a mis amigos y fuera a sentarme con él. De ahí para adelante todo fue fiesta.”

Cada vez que llegaba a ese punto, algunos parroquianos, dependiendo de su nivel de ebriedad, le gritaban frases soeces, y amenizaban el relato con grandes risotadas burlonas.

—Ándale patrón, cuéntenos cómo estaban las mulatas...

—A ver, Ramón, ¿cuántas mulatas eran?

—¿Te cogiste a alguna?

—Pero, a ver, ¿por qué te iba a invitar a ti El Popochas?

Ramón no hacía caso. Señalaba al fondo de la cantina y seguía contando:

“Ahí, en esa misma mesa estuvimos toda la tarde. Él me estimaba. Estuvimos juntos en la escuela. Tanto confiaba yo en su estimación, que después de varias rondas, le dije al Popochas sin ánimo de ofenderlo:

—Por ahí andan diciendo que te metiste en el tráfico de droga. Que tus negocios son muy turbios.

—Ya ves que la gente dice muchas cosas –me contestó el Popochas con una palmada paternal sobre mi hombro, mientras que una de las dos mujeres deslizaba su mano morena con un anillo de oro y las uñas pintadas de rosa claro hacia mi muslo, prometiendo todos los placeres del mundo en cinco dedos que se agitaron de pronto y mostraron toda su femineidad al extenderse, mano lúbrica, sobre mi pantalón. Y yo, claro que ya no pregunté más...”

—¿Qué mostraron, Ramón? A mí se me hace que enseñaron más que eso.

—Y yo creo que a ti se te extendió también algo, ¿no?

—Ni te hagas ilusiones, mi cabrón. Pa'que te toque un viejorrón de esos... uy.

Los amigos seguían burlándose. Lo hacían sin malicia, nomás por pasar un buen rato a costillas de

Ramón, ese hombre bonachón a quien no le habían conocido esposa, novia o mujer y a quien sospechaban capaz de exagerar la historia, cuya veracidad nadie podía comprobar.

Ramón, por su parte, al recordar la escena deseó de todo corazón aquella otra que no se había llevado a cabo. Todo había sido acabar, después de las quién sabe cuántas cervezas, al borde del atardecer, solo, deseando que eso no se hubiera terminado nunca.

Le quedaba la cruda y los amigos en la cantina hasta después de las dos, cuando todos se irían con sus familias, más por costumbre que por ganas. Entonces le iban a pesar las canas, el azul cansado de sus ojos, algo parecido al vacío.

Le pesaría más la envidia ante la suerte del Popochas. Tamañas viejas. Tan bien arregladas, tan distinguidas que ni parecían putas.

Con el desencanto de la cruda encima, con ese deslavarse de las cosas el domingo a medio día, Ramón estaba horas después todavía en la cantina.

—A propósito, ¿por qué le dicen la cantina de Nieves Frías? —preguntó alguien.

Federico Aburto, detrás de la barra, contestó abriendo una cerveza:

—Ella era la dueña. Yo se la compré cuando ya estaba vieja. De joven, ella atendía y cobraba, tenía unos cuantos ayudantes, pero la mera mera era ella. Cantaba re' bonito mientras hacía las cuentas. Nunca se equivocaba. Era la hermana del que atacó al gobernador Adalberto Tejeda una vez, allá quién sabe cuando, en los años treinta, o casi en el siglo pasado, cuando estaban prohibidos los curas y no se dejaba oír misa. Ni siquiera lo hirió, pero buen susto que le puso. No lo castigaron, todo el pueblo lo defendió. Fuente Ovejuna, pues.

Una sombra contra las puertas batientes que dan a la calle mayor silenció la siguiente pregunta:

—¿...Fuente Ovejuna?

Una mujer se dirigió al único lugar de la barra que estaba vacío, justo junto a Ramón. Quién sabe por qué comenzó a contarle.

Estaba sola en el pueblo. Después de las cervezas tibias con las que se despidió del mar, la pequeña ciudad tomaba un aire mágico en la nube de polvo blanco que se levantaba en su calle mayor.

Se había salido de la autopista queriendo prolongar sólo otro poco el calor del Puerto. Siguiendo señalamientos confusos llegó hasta la pequeña ciudad perdida más allá de Orizaba. No hacía frío, pero ciertamente el clima cálido de la costa había desaparecido. Una copita. Nomás otra copita antes del atardecer. Luego se quedaría a dormir en alguno de esos lugares que le eran tan ajenos, para reanudar la marcha al día siguiente.

—Al fin y al cabo, todavía esto es Veracruz —dijo ella bebiéndose de un sorbo el tequila derecho—. Como un hilito, un vaso comunicante, el tequila de mi tierra, acá tan lejos.

La marimba lejos y el trovero cerca.

—Ese trovero de los Portales es un coplero auténtico. Le falta la jarana, le sobran años y vasos de alcohol para improvisar décimas —dijo Ramón, aventándole al viejo unas monedas—. A ver, patrón, échese unas de las que usted se sabe.

—Qué bonita eres / a la sombra de un ciprés / qué retechula eres / a la sombra de un ciprés / eres bonita y lo digo / Ay y arriba Chico Ché.

A Ramón, en medio de la borrachera, le entró una felicidad enorme de estar ahí sentado junto a una mujer bonita que pedía un tequila, a pesar de las malas décimas y la guitarra desafinada del trovero.

—Siempre había querido entrar sola a una cantina y pedir un tequila doble en la barra —le confesó ella—. Era mi fantasía personal, mi incumplido deseo.

“La Ilustración de Sotavento” no lucía ningún letrero que prohibiera la entrada a las mujeres. A lo



Iris Aburto: de la serie *Homo natura*, 13 (técnica mixta)



Iris Aburto: de la serie *Homo natura*, 16 (técnica mixta)

mejor porque ninguna, fuera de las putas, hubiera deseado entrar. Era un terreno de hombres, un terreno que no estaba en disputa y las mujeres del pueblo lo entendían perfectamente.

Entre tanto la marimba allá afuera no paraba; entre tanto, el tequila menguaba.

Ramón no deseaba más que bailar con ella despacito al atardecer. Pero ¿qué mujer en sus cabales iba a querer bailar con él en la neblina que empezaba a meterse incluso por las puertas bamboleantes de la cantina, aquella cantina sórdida en un pueblo perdido?

A medida que los tequilas se fueron agotando, ella le fue contando. Aún estaba esperando a alguien que se marchó. Iba dejándole rastros. No sabía si él iba a encontrarlos. Entre tanto, no había nada que hacer con tanta paz, con tanta música y tanta gente ajena. Ya no sabía qué hacer con la dejadez y la memoria.

Ramón entendió que su risa y su cuerpo de gata al acecho no estaban para nadie. Miraba a través de las gentes, meros fantasmas del atardecer. No le importaban sus pequeñas conquistas y sus grandes miserias. No era maldad. Simplemente no estaba ahí para ninguno, excepto para el que ya no iba a volver.

—Usted de seguro sabe quién es Onetti —dijo de pronto cuando Ramón terminó de narrarle por enésima vez, aunque un poco cortado, la historia del Pochas.

Ramón estaba atónito. Los pocos amigos que quedaban en la cantina a esa hora lo miraban en silencio, el asombro y la envidia flotando en sus vasos ambarinos.

El patético trovero entonó “La enorme distancia”.

—¿Baila usted? —se atrevió, sabiendo que otra oportunidad no pasaría por la cantina que había sido de Nieves Frías.

Ella sonrió.

En la nube de humo de los cigarros de los borrachos que se confundía con la neblina, en el aroma rancio del sudor de los trabajadores tras varias horas de beber cerveza, comenzaron a bailar.

—Es verdad. Qué tonta he sido. De seguro usted fue escrito por Onetti y yo, como siempre, llegué tarde al cuento. Pero ya estoy aquí.

Un solo suspiro de envidia se dejó oír en la barra. Con desgano y rabia, los hombres se fueron yendo a su casa, sabían que para esos dos, por fin la fiesta había empezado. 🍷